



Constancio C. Vigil

La moneda volvedora

Pasaron días y reunió el buen anciano a sus hijos: Sentía írsele la vida y llegada la hora de descansar de sus trabajos.

Rodearon los tres mozos el lecho de aquel padre ejemplar y él les dijo:

—Hijos míos: termina ya mi jornada en este mundo y os pido que continuéis tan honrados y tan laboriosos como hasta hoy. He dividido la tierra en dos partes iguales, y aquí está, en este papel, la parte que corresponde a cada uno de los mayores. A ti Sildio, te dejo lo que mi padre también me dejó a mí, pues eres como yo, el menor de los hermanos: solo te dejo esta cajita... Quizá te parezca poco.

Sildio tomó amorosamente entre sus manos las del anciano, las besó conmovido y dijo:

—Siendo esta tu voluntad, padre mío, me parece lo mejor y lo que más me conviene.

—Repara —agregó el padre— que toda la tierra pasa a poder de tus hermanos.

Ellos serán ricos y tú pobre.

—Pobre o rico me sentiré dichoso, puesto que tal ha sido la voluntad de mi padre al que debo cuanto soy.

—Además, es mi deseo que sin dinero alguno salgas a buscar trabajo y recorras mundo, y pidas alojamiento en las posadas, sin preocuparte de cómo te arreglarás para pagar, y que cuando te veas en parecido trance recién abras la cajita.

—Así lo haré, padre —respondió Sildio.

Murió el anciano, se repartieron los dos hijos mayores la propiedad y Sildio se despidió de ellos y se fue sin ningún dinero, decidido a buscar en otra parte su porvenir.

Andando, andando, a través de los campos, aún afligido por la muerte del padre, sintió hambre y cansancio. Entró en una posada y pidió alojamiento. Comió; y en la pieza que le dieron para dormir sacó de su bolsillo la cajita que era toda su herencia. La abrió y vio que contenía una moneda de oro. Debajo de la moneda de oro había un papelito, y en él Sildio leyó estos versos:

Úsame con discreción, solo por necesidad, y jamás por vanidad
ni por mezquina ambición.

Sorprendido Sildio al leer tan singulares versos, los releyó muchas veces, pero no pudo comprenderlos.

—Si la uso una vez, —se decía— la gasto y ya no la tengo... ¿Qué significa que no la use jamás por vanidad ni por mezquina ambición?

Finalmente se durmió.

Al aclarar el día siguiente se levantó y, antes de reanudar la marcha, llamó al posadero y con muy honda pena le entregó la moneda.

—¡Qué linda es! —exclamó el hombre al recibirla—. ¡Y cómo brilla!

Se cobró, trajo el vuelto en monedas de plata, y Sildio prosiguió su camino.

Después de andar largo trecho se sentó en la sombra de un árbol y se dispuso a leer los versos y a contar las monedas de plata; pero casi se desmaya de sorpresa al ver en la cajita la moneda de oro que le diera su padre. Si él se la había dado al posadero, ¿cómo aparecía ahora en su poder?

Permanecía Sildio con la moneda en la palma de la mano y con los ojos llenos de lágrimas, cuando de pronto se le apareció un hombre de malísimo aspecto y le exigió con terribles amenazas que le diera aquella moneda que veía.

Sildio se la entregó y, mientras el malhechor huía él prosiguió su camino.

Al revisar la cajita comprobó maravillado que la moneda estaba nuevamente en su poder.

Poco después, al observar que un muchachón robaba una gallina en una humilde casita le dijo:

—Oye: si dejas la gallina donde está te daré esta moneda de oro.

El ladrón, sorprendido y gozoso, soltó la gallina, tomó la moneda y se fue.

Pero la moneda volvió poco después.

Almorzó Sildio en otra posada, pagó con la moneda de plata del primer posadero, que se había propuesto devolver en cuanto le fuera posible, y reanudó la marcha.

—Fácil me sería —pensaba Sildio— vivir sin trabajar y aun enriquecerme con mi moneda, pero... y leyó nuevamente el papelito que la acompañaba:

Úsame con discreción solo por necesidad y jamás por vanidad ni por mezquina ambición.

¡Ahora comprendía lo que significaban estos versos!

—¡A trabajar, pues amigo! —se dijo en voz alta. Y como en ese momento pasaba ante una casa de campo con mucha tierra sembrada de cereales y verduras, resolvió entrar y ofrecerse como labrador. Lo aceptó el dueño de la propiedad, y tanto y tan bien trabajó que el patrón le cobró cada día mayor confianza y más grande simpatía.

Iba Sildio un domingo a visitar a sus hermanos, como lo hacía con frecuencia, cuando vio un ciego, el cual siempre mendigaba por los caminos. Se puso Sildio a observarlo y comprobó que era un ciego fingido, pues al suponer que nadie lo veía caminaba con mayor seguridad y ligereza, evitando las piedras y pozos, como no pudiera hacerlo quien se hallara privado de la vista.

Tosió Sildio, y al notar que andaba alguien por allí, el ciego empezó a caminar

despacio y vacilante, tanteando el suelo con su tosco bastón.

Le dolió al mozo aquella superchería, perjudicial para los verdaderos ciegos, pues les disminuía indebidamente los beneficios de la caridad.

Al aproximarse más, le dijo el engañador:

—Una limosna, por amor de Dios, para el pobrecito ciego!

—Aquí tienes la mía —le dijo Sildio, poniéndole en la mano su moneda—. Es una moneda de oro y quizá ella te enseñe a no invocar en la forma en que lo haces el santo nombre de Dios... Quizá ella te saque de la triste situación en que te hallas.

—¿Es posible —preguntó el mendigo— que esta moneda me haga ver?

—Así lo espero —le repuso Sildio—. Y verás algo que será de provecho para tu alma.

Se despidieron y el fingido ciego contempló un rato con sus buenos ojos la moneda y la guardó en el bolsillo de las dádivas. Pero las palabras de Sildio le preocupaban. «Cómo es posible, se decía, que una sola moneda, aunque sea de oro, cambie la suerte de un mendigo? ¿Cómo hará esta moneda el milagro de que vea un ciego?»

Siguió andando y pidiendo. En uno de los momentos en que estaba solo echó mano al bolsillo y sacó todas las monedas que le habían dado. La de oro no estaba.

Buscó y hurgó en sus ropas, y casi pierde el juicio al comprobar que la moneda de oro se había ido.

Entonces recapacitó en lo que le había dicho Sildio... «Quizá ella te saque de la triste situación en que te hallas...» Sentado en el suelo permaneció mucho rato inmóvil, con la cabeza entre las manos.

En definitiva, el fingido ciego no simuló más y se ganó desde aquel día el sustento con un trabajo honroso.

No era aquel un caso único. Abundaban los haraganes y viciosos que vivían y aun se enriquecían explotando la caridad. Para ellos la mendicidad era un negocio provechoso.

A los tales les entregaba Sildio su moneda diciéndoles:

—¡Quizá esta moneda te enseñe a no invocar como lo haces el santo nombre de Dios! ¡Quizá te libre de la triste situación en que te hallas!

Así los engañadores resultaban engañados y forzados a meditar en lo que Sildio les había dicho al darles la moneda y no pocos de ellos abandonaron la vergonzosa vida que llevaban.

Un día vio en la ciudad a un hombre rodeado de gente, que ofrecía frasquitos con un líquido rosado diciendo:

—Esta es, señores, la maravilla del siglo, la panacea universal, el jugo milagroso del árbol extraordinario que crece en un sitio hasta ayer inexplorado de la Tierra. Unas gotas de este jugo bastan para curar instantáneamente el dolor de cabeza, el malestar general, los retortijones del vientre, la tos, por rebelde que sea, y todas las enfermedades. El que allí veis —y señalaba a un espectador— puede deciros cómo se curó de la parálisis tomando tres días tres gotas en ayunas... Ofrezco los pocos frasquitos que me quedan a un precio irrisorio, solo por hacer bien a mis semejantes.

Aunque parezca increíble, los compradores eran numerosos.

Convencido Sildio de la farsa de aquel grandísimo charlatán, que continuaba hablando sin detenerse nunca, se le acercó y le dijo:

—Si todo es como dices, vendes demasiado barato tus frasquitos. Yo te pagaré

uno con esta moneda de oro.

Examinó el vendedor la moneda y dijo:

—Puedo, si lo deseas, darte más frasquitos.

—No —respondió Sildio— me basta uno, y fíjate en lo que te digo: Si es verdad lo que prometes, también es verdad que yo te doy esta moneda. Aprenderás que quien engaña es engañado.

Se Sonrió el truhan suponiendo que aquel hombre era loco, o poco menos, y replicó:

—Llévate el frasquito, hijo, dame la moneda de oro, y eso se te curará como con la mano.

Se fue Sildio, pero un rato después observaron los embobados espectadores que el embaucador callaba, palidecía, se metía las manos en todos los bolsillos, y por último guardaba sus frasquitos en una valija y se alejaba de allí, mientras hablaba consigo mismo en voz alta y hacía gestos y ademanes raros, cual si de pronto hubiera perdido el juicio.

Continuó Sildio empleando su moneda para aleccionar a otros muchos farsantes, simuladores y pícaros de muy diversa condición, que en la ciudad y en el campo roban con sus artificios a las personas ingenuas que creen de buena fe cuanto les aseguran y prometen.

Al comprender los tales que la moneda de oro desaparecía de su poder recordaban las palabras que Sildio les había dicho. Y presintiendo algo sobrenatural y poderoso, se sentían inclinados a la enmienda.

Un día fue el mozo a la posada donde por primera vez cambió la moneda de oro.

—¡Tú! —dijo el posadero en cuanto lo vio. —¡Tú eras el de la moneda de oro!

—Así es— contestó Sildio. —Aquí estuve un día y te pagué con una moneda de oro y tú me diste el vuelto en monedas de plata.

—¡Ah! —dijo el posadero. —¡No te imaginas lo que me pasó...! Figúrate que fui y guardé la moneda en un cajoncito de mi ropero. Estoy seguro de que la puse allí. Al día siguiente, quise sacar algún dinero...¡y la moneda no estaba...! Nadie pudo robármela; nadie penetró en la pieza... ¡Y la moneda había desaparecido! ¡Y me quedé sin las que te di y sin tu pago!

—En ese caso —dijo el mozo— te has perjudicado por mi culpa y debo reparar el daño.

—¡Alabo tu honradez! exclamó el posadero satisfecho.

—Aquí tienes —agregó Sildio— tantas monedas de plata como me diste y el valor de mi hospedaje.

Muy agradecido se quedó el posadero, se despidieron y se fue Sildio.

No lejos de allí, un hombre castigaba brutalmente al caballo de su carro.

—¿Por qué le pegas así? —preguntó Sildio.

—Primero, —respondió el hombre— porque es mío; segundo, porque me da la gana, y tercero, porque a ti nada te importa.

—Me importa, y mucho —dijo el mozo—. Y si me prometieras tratarlo bien te haría un regalo: ¡este! —Y le mostró la moneda.

—¿Me la darías de veras?

—Tómala— dijo Sildio. —Ella te convencerá de que pagas con dura ingratitud los servicios de este noble animal, porque tú no andas bien de la cabeza.

Cuando el hombre del caballo buscó después la moneda comprobó su desaparición y pensó así:

—Mal anda mi cabeza, efectivamente, pues no veo lo que creí ver; no está aquí

lo que aquí puse.

Y desde entonces no castigó más a su caballo, y este lo servía mejor que antes.

Otro día vio Sildio que un rico avaro perseguía a unos niños con intención de castigarlos.

—¿Qué le han hecho, que corren tan asustados? —preguntó.

—Vienen a robar la fruta que ha caído de mis árboles —respondió el avaro.

—Yo se la pagaré —le dijo Sildio— y en tal moneda aprenderá usted a ser menos egoísta y a comprender que más provecho sacará de esa fruta dándola a los niños que al dejarla que se pudra.

Recibió el avaro la moneda de oro y sonriente exclamó.

—Por supuesto que me conviene más.

Pero al ir a guardar en un mueble la moneda, comprobó su ausencia. Recordó lo que le había dicho Sildio; echó a ver su avaricia en toda su fealdad y, avergonzado, se propuso corregirse de ella.

Ya en el pueblo, al pasar ante el hospital, vio que el portero exigía pago a un infeliz necesitado de asistencia, prometiéndole que lo atenderían más pronto merced a su influencia.

—¿Por qué le cobras? —le preguntó Sildio—. No tienes derecho a hacerlo.

—Esto es cosa mía —repuso el portero— y a ti no te interesa.

—Me interesa —dijo Sildio— porque aprovechas la desgracia de los pobres para lucrar.

—Ya vendrás tú en alguna ocasión y te gustará mi ayuda, y recordaré tu atrevimiento.

—Será mejor, entonces, que te haga entender con hechos lo que te digo... Haz entrar a ese enfermo, suplícale al médico que lo atienda enseguida... ¡Toma! —Y al decir «¡toma!» puso en su mano la moneda de oro.

—¡Gracias! —exclamó el portero maravillado—. Este enfermo será mejor recomendado que ninguno.

Entró el enfermo y Sildio se alejó.

Cuando más tarde el portero metió la mano en el bolsillo para acariciar la moneda, creyó estar loco. Nunca acababa de revisarse la ropa.

Convencido de que la moneda se había evaporado, recordó toda la escena con Sildio y repitió muchas veces estas palabras: —Será mejor, entonces, que te haga entender con hechos lo que te digo. «Y lo que debo entender, pensaba el portero, es que me aprovecho de la desgracia de los pobres para lucrar».

Ello fue que quedó tan impresionado que nunca más exprimió la miseria valiendo de su cargo y, en adelante, trató a todos los enfermos con igual solicitud e igual bondad.

Entre tanto, Sildio trabajaba en la propiedad del rico labrador, que lo distinguía con su confianza y cada vez le mostraba más aprecio.

Un día debió el patrón ausentarse durante la mañana y le dijo:

—Me han prometido traerme hoy el trigo para sembrar, que aguardada con un interés tan grande. Es lo mejor que puede dar la tierra. Lo sembraremos juntos, y confío en una cosecha excepcional. Aquí tienes estas diez monedas de oro para pagar al recibirlo. Cuéntalas.

Contó el patrón las monedas. Las contó Sildio y era suma exacta que se debía abonar.

El patrón agregó:

—Toma, además, otra moneda, por si fuese necesario; no sea que haya alguna

diferencia y no la quieran dejar.

Cuando regresó el patrón, preguntó si había llegado el trigo.

—Llegó —dijo Sildio —y pagué todo con las diez monedas.

—Sobró una, entonces —dijo el patrón.

—No, señor, —aclaró Sildio— las monedas eran diez y no once como creímos. No quedó ninguna en mi poder.

—Eran once las monedas que te di —dijo el patrón—. Estoy seguro.

—También yo lo creí así —respondió el mozo—. Las puse en este bolsillo y, cuando las saqué para pagar, noté la falta de una.

—¡No puede ser! —exclamó el patrón—. Yo sé lo que hago y sé lo que te di. Tú mismo las contaste.

—Veo que duda usted de mí y ello me duele en el alma.

—Que te duela o no te duela, lo que digo es verdad.

—Señor, —le dijo Sildio— hasta hoy usted ha confiado en mi honradez; ahora me atribuye un robo y lo veo airado... Yo me voy de esta casa... Ya que usted piensa mal de mí, debo decirle: ¡Aquí tiene la moneda de oro que poseo...! ¡Y Dios lo ayude!

Al decir esto, puso en la mano del patrón la moneda, recogió lo suyo y se alejó entristecido de esa casa, mientras repetía los versos que había hallado en la cajita:

Úsame con discreción,
solo por necesidad,
y jamás por vanidad
ni por mezquina ambición.

«Fue bien usada esta vez», reflexionaba Sildio. «Me hallaba en la suprema necesidad de defenderme. Ese hombre, tan razonable siempre, se mostró hoy injusto, como si su cabeza no anduviera bien».

Mientras el laborioso joven marchaba por el camino con la bolsa de sus prendas a la espalda, el patrón con la moneda en la palma de la mano, no salía de su asombro. Se puso al fin la moneda en el bolsillo, y en ese mismo momento se le aproximó un peón y le dijo:

—Señor, hallé esta moneda de oro en un surco de las habas.

—¡La moneda! —exclamó el patrón, y corrió en la dirección que seguía el mozo. Al divisarlo, gritó: —¡Sildio! ¡Sildio! ¡Aguarda, por favor! ¡Apareció la moneda!

Sildio se detuvo y oyó el breve relato del hallazgo.

El patrón agregó:

—Perdóname el mal momento... Reconozco que fue una torpeza mía dudar de tu honradez. ¡Perdóname y olvida lo ocurrido!

—Está olvidado —dijo el mozo.

—¡Gracias! —respondió el patrón—. Y aquí tienes la moneda que me diste.

Pero, por más que buscó no pudo hallarla.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Dónde está?

—Aquí— respondió Sildio, presentándola en la mano.

La examinó el patrón, comprobó que era la misma, y dijo:

—¿Cómo es posible...? ¡Dime, dime la verdad, te lo suplico!

En tal estado de excitación y de nerviosidad se hallaba el amo, que Sildio le prometió:

—Volvamos a su casa y allí se lo explicaré.

Una vez en la casa, Sildio refirió toda la historia de la herencia que recibiera de

su padre.

El rico propietario supo valorar, entonces, la grandeza de alma de aquel mozo que, pudiendo vivir en la ociosidad y sin que nada le faltara, jamás usó la moneda ni por vanidad ni por mezquina ambición, ni para el propio regalo.

Y dijo:

—Trabaja siempre, muchacho, porque el trabajo es la felicidad, y sin trabajo no hay goce, ni salud, ni paz para nuestra alma, pero la harás como rico. No tenía hijo, y ahora lo tengo conmigo. Mis tierras con mejores y mucho más extensas que las de tus hermanos..., ¡y son tuyas!

Así se justificó la noble actitud de Sildio, cuando al ver toda la tierra en poder de sus hermanos y recibir él por única herencia una cajita, tomó amorosamente entre sus manos las de su anciano padre, las besó conmovido y dijo:

—Siendo esta tu voluntad, padre mío, me parece lo mejor y lo que más me conviene.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

